

LA MÁS BELLA HISTORIA DEL AMOR



Dominique Simonnet

Jean Courtin • Paul Veyne • Jacques Le Goff

Jacques Solé • Mona Ozouf • Alain Corbin

Anne-Marie Sohn • Pascal Bruckner • Alice Ferney



ESCENA I
LA PREHISTORIA

La pasión de Cro-Magnon

Un día, o tal vez una noche, varias decenas de milenios antes de nuestra era, se realizó un gesto, se dijo una palabra, nació un sentimiento... Sin duda, hay que ir a buscar muy lejos en nuestro pasado el despertar de lo que más tarde se llamará el "amor"... ¿Puede encontrarse la huella en los trozos de esqueletos, los fragmentos de alfarería, los restos de adornos, los dibujos y grabados, únicos vestigios que nos legaron esos tiempos remotos? Para quien sabe interpretarlos, los fósiles pueden revelar más de un secreto: el amor, dicen, es lo propio del hombre, y realmente somos nosotros, los de Cro-Magnon de cerebro complicado, quienes lo inventamos. En la noche de los tiempos también había un corazón. La gente se amaba tanto como ahora, tal vez incluso con más libertad, si no con más felicidad.

La emergencia de la sensibilidad

DOMINIQUE SIMONNET: *De los orígenes del amor, del primer gesto tierno y sensible no poseemos huellas, ni fósiles, ni relatos, y nunca tendremos pruebas ni certezas. Aunque a los científicos, como usted, no les gusten las especulaciones, ¿es posible, de todos modos, animarse a realizar algunas hipótesis sobre ese misterioso y lejano acontecimiento?*

JEAN COURTINI: De entrada tropezamos con la definición del amor. Ya en el mundo animal siempre existió la necesidad, para los individuos de un sexo, de buscar a los del otro sexo, para perpetuar la especie. Incluso, algunos animales forman parejas duraderas, como los rapaces, los cuervos, los lobos, que se unen para toda la vida. Por lo tanto, en ellos existe un verdadero apego entre sexos diferentes. ¿Es eso amor? Creo que más bien hay que hablar de instinto. Para encontrar un verdadero sentimiento profundo, que incite a evaluar las cualidades del otro, a escoger a su compañero, a tomar la decisión de pasar el tiempo con él, hay que esperar el desarrollo del cerebro, y por lo tanto el *Homo sapiens*, es decir, el hombre moderno.

Nuestros antepasados australopitecos, Homo habilis, Homo erectus, a su juicio, ¿no habrían tenido ese don? La pequeña Lucy, la famosa australopiteca de 3 millones de años, ¿no habría estado entonces enamorada?

Yo la veo como un pequeño mono. Los monos son conmovedores cuando se los mira, sabe usted. Ese ser vertical tal vez tenía encanto para sus semejantes. Ejercía una seducción y experimentaba una atracción. Pero amor, en el sentido en que hoy lo entendemos, no estoy tan seguro... Tampoco me imagino a los *Homo erectus* dotados de una aptitud tan sutil. No conocían la sepultura, dejaban abandonados a sus muertos, uno encuentra los esqueletos abandonados, despedazados, en medio de huesos de animales...

El Homo sapiens, por su parte, es en realidad más delicado.

Es el primero que concede una gran atención a sus difuntos, lo cual denota una forma innegable de apego a sus semejantes. Yo tiendo a pensar que el sentimiento amoroso va a la par con la consideración que se tiene por los muertos, con el sentido de la estética, la ornamentación. Por lo tanto, con características propiamente humanas, que sólo fueron desarrolladas por el hombre de Cro-Magnon, hace 100.000 años en África y Cercano Oriente, y hace unos 35.000 años en Europa.

En suma, la emergencia de una sensibilidad que se habría revelado simultáneamente en diferentes campos...

Sí, pero disponemos de muy pocos indicios para descubrirla. Nosotros, como especialistas de la prehistoria, nos inclinamos sobre los sílex, los restos óseos, los fragmentos de alfarería, y tenemos algunas dificultades para leer en ellos la realidad humana. Podemos analizar las excavaciones arqueológicas —por ejemplo, las tumbas— y tratar de imaginar cuáles eran las estructuras sociales, las relaciones entre los individuos. Pero nunca son otra cosa que interpretaciones. También disponemos de grabados, pinturas prehistóricas, estatuillas de “diosas”... Pero el arte tiene una función simbólica, refleja una mitología y no una realidad.

Huellas de solidaridad

Tratemos de jugar a los detectives del amor. ¿Qué nos dicen esas famosas tumbas?

Tomemos algunos ejemplos: en las grutas de Grimaldi se encontraron los esqueletos de dos niños jóvenes (entre 6 y 10 años), que

ataban de hace 30.000 años, exhumados lado a lado, con la pelvis y los muslos recubiertos de miles de conchillas perforadas, sin duda cosidas originalmente sobre su taparrabos o su cinturón. En Dinamarca, en Vedbaek, en un lugar del octavo milenio antes de nuestra era, se descubrió a una joven muerta a los 18 años, acompañada por su recién nacido: llevaba una gran cantidad de dientes de ciervo perforados, antaño cosidos o atados a sus ropas y su cinturón, y el bebé, sin duda un varón, sostenía una hoja de sílex en la mano, rito que se observaba para los hombres adultos. El pequeño cadáver estaba ubicado sobre el ala de un cisne (cuyos huesos subsistían).

¿Qué deducir de todo esto?

Que se concedía un gran cuidado a los hijos. Es posible ver ya en ello la señal de un apego profundo, de una forma de amor. Otro indicio: también se sabe que los hombres prehistóricos eran capaces de una acción solidaria.

¿Cómo diablos se encuentran huellas de solidaridad?

En un abrigo bajo roca, en el fondo de la cala de Bonifacio, en Córcega, un lugar de hace 8.000 años, se exhumó el esqueleto muy bien conservado de una mujer muerta a los 35 años, enterrada con sus adornos y recubierta de ocre rojo. En el curso de su juventud había tenido un grave accidente, seguramente una caída desde los peñascos: estaba paralizada del brazo izquierdo como consecuencia de varias fracturas, ya sólo podía desplazarse con mucha dificultad, y una parte de su mandíbula inferior había sido destruida por una osteítis, lo que limitaba su alimentación a papillas. En una época en que se vivía de la caza, la pesca y la recolección de moluscos, por tanto, era totalmente dependiente de los suyos. Sin embargo, la alimentaron, cuidaron, ayudaron e hicieron vivir muchos años.

En efecto, prueba de cierta solidaridad.

¿Se hicieron cargo de ella sus niños? ¿O su compañero? Estos casos de solidaridad estaban bastante extendidos, prueba de que sin lugar a dudas existían sentimientos de apego profundo entre ciertos individuos. Se lo detecta incluso entre los hombres de Néandertal, los contemporáneos del *Homo sapiens*, cuya especie se extinguió.

Que en ocasiones todavía se los describe como seres groseros...

Eran más evolucionados de lo que se pensaba. Por cierto, tenían una morfología diferente de la del *Homo sapiens*: un cuello de luchador de sumo, una nuca poderosa, piernas cortas, brazos muy musculosos, lóbulos olfativos más importantes, lo que por otra parte les daba un olfato de perro de caza. Pero ciertamente poseían un lenguaje desarrollado, y en ocasiones inhumaban a sus muertos... Bien, en sepulturas neandertalianas antiguas, de 60.000 a 80.000 años atrás, se descubrieron restos de individuos gravemente impedidos que, sin embargo, habían sobrevivido durante muchos años gracias a la ayuda mutua del grupo: el hombre de Shanidar, por ejemplo, exhumado en una gruta de Kurdistán al norte de Irak, o ese otro individuo que había tenido la pierna quebrada y la mandíbula rota en el curso de su adolescencia... También se encontró una tumba neandertaliana de mujer, tapizada de flores de los pantanos, que habían ido a recoger al valle más abajo, a varias horas de marcha. Es el uso más antiguo conocido de las flores en los ritos funerarios.

El arte y el amor

Cada uno por su lado, el hombre de Néandertal y el de Cro-Magnon habían inventado la solidaridad. ¿Y el amor, entonces?

Es una bella hipótesis. Pero contrariamente a los neandertalios, que enterraban solamente a algunos de sus semejantes, los hombres de Cro-Magnon, por su parte, lo hacían de manera sistemática: hombres, mujeres y niños por igual son inhumados con el mismo cuidado, cualquiera que sea su edad. En esto vería, de buena gana, la señal de los primeros sentimientos amorosos.

¿Hay otra cosa que respalde esta hipótesis?

Hay otra cosa: alrededor de 35.000 años atrás, los hombres de Cro-Magnon inventaron el arte magnífico de las grutas. La preparación de la roca, la cinceladura del grabado, la precisión de los trazos, la elección y preparación de los colores, la perspectiva, el dominio del sfumado para dar relieve, ese gusto por el trabajo perfecto que también se encuentra en las armas talladas en la piedra, el hueso o la cornamenta animal, y en este caso a menudo adornadas... Todo eso denota una habilidad, una preocupación por la estética y una sensibilidad asombrosas. En suma, un cerebro que tiene imaginación y emociones. La revolución del arte, en esa época, acaso también sea el nacimiento del amor.

*Cro-Magnon y Cro-Mignonne**

Individuos tan sensibles, capaces de realizar maravillas como las que pueden admirarse en las paredes de la gruta Chauvet o en las de

* *Mignonne* en francés significa bonita, linda, graciosa. [N. del T.]

Lascaux o de Cosquer eran por fuerza, a su juicio, amantes... Así, el amor sería lo propio del hombre... moderno.

Sí. El sentimiento amoroso de los primeros cazadores "modernos" no debía ser muy diferente del nuestro. ¿Por qué lo sería? Los hombres y las mujeres de Cro-Magnon debían de tener un lenguaje elaborado, el nivel de su tecnología lo imponía: para cortar grandes hojas a partir de fragmentos de sílex, con un cortahojas de cornamenta de reno, un mazo de cornamenta, hay que golpear según cierto ángulo, en el lugar indicado, preparar el golpe con precisión, esmerilar el sitio adecuado... Esta técnica refinada, que no tiene nada que ver con los groseros cantos rodados tallados de los contemporáneos de Lucy, no se explica únicamente con el gesto, y exige una verdadera comunicación.

En suma, los hombres de Cro-Magnon se comportaban y amaban como nosotros.

Los hombres de Cro-Magnon hablaban, tenían el mismo cerebro que nosotros, soñaban como nosotros, experimentaban las mismas emociones, los mismos sentimientos que nosotros, y debían conocer también ellos el deseo, los celos, la piedad, y los caprichos de la pasión. Hasta puede imaginarse que esos amores originales eran más intensos, más verdaderos que los nuestros, por estar deslindados de cualquier contingencia, de reglas sociales y de sumisión a una norma.

La edad de oro

¡Era el paraíso terrenal!

El paleolítico era la edad de oro. Los recursos eran abundantes y los hombres, poco numerosos. Los animales proliferaban, no eran

feroces y se cazaban con facilidad (en algunos sitios se encuentra una enorme cantidad de restos de renos, caballos, cabras), las costas eran ricas en moluscos y crustáceos, los ríos estaban llenos de peces... Nuestros antepasados vivían como seminómadas, en grupos de unas treinta personas, bastante dispersos pero no aislados. Realmente disponían de un lenguaje común, tal vez no universal, pero en todo caso hablado a grandes distancias. Intercambiaban materias primas —sílex, caracolas marinas, cristales de roca—, conocimientos (se encuentran objetos similares y se detectan las mismas técnicas de tallado en regiones muy alejadas), y probablemente también intercambiaban sus compañeras.

¡Vamos!

El problema de la consanguinidad no debía serles ajeno. Los esqueletos lo prueban, era gente bien plantada, sin malformaciones congénitas. Y la etnología nos lo confirma: en numerosos grupos de cazadores y recolectores, un poco en todas partes en el mundo, hay, o había, antaño, encuentros anuales, grandes fiestas, donde había intercambios y donde uno se relacionaba, lo que los investigadores llaman “exogamia”.

Las bellas de la costa de la Liguria

Entonces, ¿los primeros seres humanos vivían en pareja y eran monógamos?

¡Por supuesto! En un grupo paleolítico no hay lugar para los harenes. Cuando se vive de la caza no se pueden tener varias mujeres: la poligamia habría obligado al hombre a cazar más. Existirá más tarde, entre los agricultores, pero no entre los cazadores y recolectores. Por otra parte, en los lugares al aire libre que fueron estudiados, la superficie de las chozas es reducida y corresponde a

familias poco numerosas. Por cierto, se han descubierto algunas tumbas dobles: un hombre enterrado con dos mujeres.

¿Sus dos “esposas”?

Es probable. Lo que significaría que se las mató al mismo tiempo, para acompañarlo en su muerte, práctica que se encontrará más tarde en la Antigüedad. En Dolni Vestonicé, en Moravia, en un sitio de cazadores de mamuts que data de hace 25.000 años, se encontró a una joven rodeada por dos jóvenes, uno con la mano ubicada en la pelvis (o el sexo) de la mujer, recubierto de ocre en ese lugar preciso. Pero debían ser excepciones.

¿Se descubrieron parejas más “clásicas”?

En la famosa gruta de Grimaldi se encontraron los esqueletos de un hombre de unos veinte años, muy grande (1,94 m) y de una mujer de unos 30 años en posición replegada, ambos estrechamente entrelazados uno en el otro, con adornos de caracolas como lo preconizaba el uso (durante mucho tiempo se emitieron elucubraciones al respecto: en ciertas obras de vulgarización se los califica de “negroides”, y se ha dicho que se trataba de una anciana enterrada con un joven). De hecho, probablemente se trata de un atlético cazador que debía hacer voltear la cabeza de las bellas de la costa de la Liguria hace 30.000 años...

Pantalones de piel

La idea rousseauniana del buen salvaje, que nos viene del siglo XIX...

... me satisface bastante. En la edad paleolítica no se detectan casos de muertes violentas provocadas por otros humanos, no hay heri-

das por proyectiles, contrariamente a lo que se encontrará con frecuencia en las épocas posteriores. No luchaban por la caza, ya que ésta era abundante, ni por la propiedad de los yacimientos de sílex. Sin duda, era una época agradable, pese a los rigores del clima. Pero debía ser muy machista. La mujer se ocupaba de los niños, raspaba y curtía las pieles para la vestimenta, mantenía el hogar, conservaba el fuego, y el hombre llevaba los pantalones... de piel.

¡El macho, que se va a cazar mientras su mujer se queda en casa!

Sí, pero el "macho cazador" asume todos los riesgos para traer la carne cotidiana... La etnología nos lo dice una vez más: en todas las sociedades de cazadores y recolectores existe la prohibición de la sangre, ligada al ciclo femenino: los hombres tienen el privilegio de las armas porque éstas hacen correr la sangre. Las mujeres sólo pueden utilizar las herramientas que no hacen sangrar: nasas, trampas, bastones, garlitos... Se encuentran tales reglas entre los aborígenes australianos, los bosquimanos del sur de África o los amerindios del norte y el sur. Mucho más tarde se detecta otra diferencia entre los sexos en la elaboración de las alfarerías: son las mujeres las que fabrican las alfarerías modeladas. Pero a partir del momento en que éstas son torneadas, en suma, industrializadas, se vuelven atributo de los hombres.

¡No eran muy feministas que digamos, sus hombres de Cro-Magnon!

Una novelista anglosajona imaginó a la mujer prehistórica como una *superwoman*, que domestica a los leones y los caballos, se impone como campeona de tiro con honda y seduce a todos los hombres que pasan a su alcance... Una mujer sola en la naturaleza, en pleno período glacial, que se entrega a una sexualidad desenfrenada, me parece bastante inverosímil... El amor paleolítico, sin duda, era más... convencional.

El comienzo de los problemas

Y luego, en el neolítico, hace unos 10.000 años, ¡llega la revolución! Terminan los grupos de cazadores y recolectores y sus parejas bucólicas. Se inventa la agricultura, la cría, el pueblo. Y al mismo tiempo, la distribución de las tareas, la propiedad, la jerarquía, el poder, la guerra... Todo cambia. ¿También las reglas del juego amoroso?

En efecto, lo que nace es otro mundo: el de los agricultores y criadores, que van a producir su propio alimento —cereales, leguminosas—, domesticar a los animales... Entonces, con sus hachas de piedra, van a roturar el bosque, trabajar los campos, edificar vallas para el ganado, construir casas agrupadas en pueblos, iniciar grandes trabajos, levantar monumentos como los megalitos. La población aumenta, las sociedades se estructuran, las mentalidades cambian. Todas estas actividades frenéticas requieren una organización social, una distribución de los recursos, y por tanto un líder, reglas de vida colectivas coercitivas. Todo se uniformiza.

Ya no es tan lindo...

Ahora ya no es posible construir su choza a la buena de Dios; en los pueblos del Danubio, las habitaciones son todas parecidas, tienen el mismo plano, las mismas dimensiones, están alineadas

en el mismo eje; en el Cercano Oriente, los mismos pueblos se agrupan, como en Jericó; la alfarería también se asemeja (todas están decoradas según un protocolo específico). La autoridad, que decide la distribución de las tareas, también dirige la vida privada. Sin duda, ya no se puede escoger libremente a la compañera o el compañero, y es probable que entonces se imponga una norma de las relaciones sexuales y reglas de alianza que resultan de la propiedad de los bienes.

¿Qué se ve, entonces, sobre las pinturas y las cerámicas de esta época?

Un poco en todas partes en Europa, especialmente en los Balcanes, y en el Cercano Oriente, se encuentran representaciones de madres fecundas. Las estatuillas de Malta o de Anatolia representan gruesas damas corpulentas... En el Sahara y en Anatolia también se encuentra el simbolismo del toro, principio viril, complemento de la diosa madre. Pero, contrariamente al de los cazadores y recolectores, el arte de los campesinos es plenamente realista: se trata de pastores que pacen corderos, mujeres que machacan el grano en morteros...

¿Y parejas que se abrazan?

Sí. Entre las pinturas del Sahara (entre 5.000 y 2.000 a.C.), ahora se destacan numerosas escenas de coito: personajes haciendo el amor en chozas. Son las primeras imágenes de este tipo. Muestran varias posiciones, y siempre parejas. Nada de acoplamientos múltiples... En el valle del Ródano, recientemente, en tumbas que datan del neolítico, se encontraron hombres acompañados de dos y en ocasiones de tres mujeres, por lo tanto muertas y enterradas en el mismo momento. Lo que sugiere, esta vez, la poligamia y cierta violencia.

¡Se acabó el paraíso! Realmente, ¡el neolítico no es un progreso para la vida privada!

Sin embargo, este modo de vida campesina se expande por todas partes. Yo, que soy hijo de campesinos, nunca comprendí por qué tuvo tanto éxito, por qué los últimos cazadores y recolectores, los hombres del mesolítico que vivían en un clima temperado con recursos abundantes y variados, abandonaron la caza y la pesca para ponerse a roturar el bosque, a horadar el suelo, a exponerse a todos los avatares de la cosecha, a constituir rebaños amenazados por los lobos, las enfermedades, la codicia del vecino...

Y ya son las mujeres las que corren con los gastos de este frenesí productivo.

Para las mujeres, las tareas domésticas se multiplican. En adelante, hay que participar en la siembra, la cosecha, la molienda del grano, la fabricación de la alfarería, su cocción... Actividades incesantes que todavía se ven en la selva, en África central: ¡las mujeres no paran un momento en toda la jornada! El neolítico inauguró para ellas el comienzo de las coerciones. Y es probable que los sentimientos entre la gente y la sexualidad se hayan visto cada vez más normalizados, y que el rapto, la violación, la esclavitud nazcan y se desarrollen en ese momento. Es el comienzo de los problemas. La edad de oro ha terminado, el mundo moderno ya está en marcha.